

Semblanza de un pacifista. Simples milagros: Ricardo Esquivia Ballestas Fundación Sembrandopaz (Montes de María, Sucre)¹

Clayton Maring / The Tanenbaum Center for Interreligious Understanding

Ricardo Esquivia Ballestas cuenta la historia de un campesino colombiano. A una mujer de una comunidad le preguntaron un día, ¿Qué significa la paz? Ella respondió: “Para mí, irme a dormir sin tener miedo y sin tener hambre”. Es así de simple”. Para Ricardo, esta respuesta ilustra la visión de paz que existe en el corazón de Colombia. Como un activista de paz que muchas veces ha ido a dormir, temeroso y hambriento, Ricardo mantiene la idea de esta mujer cercana a su corazón. Es un recordatorio que aun cuando su trabajo es complicado, peligroso y difícil, la meta final es muy simple.

Colombia es un lugar duro para un pacifista, más duro aún para alguien como Ricardo Esquivia. Nacido dentro de la pobreza en un país dividido por clases sociales; además, negro e indígena, en una nación donde la discriminación contra las minorías es rampante; hijo de un leproso en un tiempo en que la lepra era ampliamente temida; y protestante en un país donde la Iglesia Católica ha sido dominante por siglos, Ricardo tenía todas las cartas en su contra. Su vida ha sido marcada por las muertes de algunos de sus amigos más cercanos, así como familiares: hombres y mujeres que quedaron implicados dentro del conflicto armado político en Colombia. Más de una vez, las armas lo apuntaron a él y a su familia.

Muchos en su posición no habrían tenido más opción que tomar las armas o huir. Pero Ricardo escogió un camino diferente. Inspirado por su fe menonita y la sabiduría tradicional de su abuelo de ascendencia indígena, Ricardo escogió la vía de la no violencia. Ha pasado su larga carrera trabajando por la justicia y por una paz sostenible para las víctimas del conflicto colombiano. Su historia se resume en haber trabajado en todos los niveles de la sociedad y a través de diversas disciplinas. Él ha trabajado desde la base en educación transformadora, mediación comunitaria y en proyectos de cooperativas y desarrollo. En los rangos más altos, Ricardo ha aconsejado al Presidente sobre políticas de paz y ha convocado la atención internacional hacia la paz en Colombia. Es a través de esos esfuerzos basados en la doctrina menonita de no violencia y su visión de justicia social, que se ha logrado romper la cadena de violencia en algunas de las regiones más golpeadas y que se ha granjeado un gran respeto entre sus conciudadanos. La vida de Ricardo ha sido de visión y esperanza, esperanza de resolver la historia de conflicto, y de labrar un futuro en donde la gente pueda de verdad ir a dormir sin miedo y sin hambre.

Un pacifista en acción

Ricardo Esquivia nació en 1946 en Cartagena. Su madre, Teresa, era de ascendencia indígena y su padre, Manuel, era afrodescendiente. Eran campesinos sin tierra. Su familia nunca tuvo un hogar estable. Desde pequeño Ricardo recuerda trabajando en campos de caña de azúcar o vendiendo dulces. Su padre no estaba presente mucho y su madre se desplazaba de casa en casa de familiares donde se quedaba por tiempos. “Siempre tenía esa sensación de sentirnos superfluos... Estábamos con familias que a duras penas tenían para su propia comida y la que tenían la compartían con nosotros. Esto me quedó muy marcado. Sentía que no pertenecía a ninguna parte”².

Para sostener a su familia Teresa lavaba ropa como empleada doméstica. Ella era una persona de mucha fe, heredada de su padre, Octavio. En la época en que Ricardo vivió con su abuelo en las montañas de la costa caribeña, Octavio practicaba una religión sincrética, mezcla de las tradiciones indígenas con las doctrinas cristianas. Él era el curandero de la comunidad. Utilizaba plantas, rezos y masaje de manos, y él escogió a Ricardo como el discípulo que lo reemplazaría. Entre sus creencias estaba no cazar animales en vías de extinción, respetar la naturaleza, y la sabiduría ancestral de la no violencia. Actualmente, Ricardo recuerda a su abuelo y a su madre como las figuras formativas y las que lo guiarían a lo largo de su vida.

En 1958, el padre de Ricardo fue diagnosticado con lepra, y la familia se vio forzada a mudarse para Agua de Dios, un lazareto cerca de Bogotá. Ricardo y su hermano fueron enviados a estudiar a una escuela pública situada cerca del lazareto en las montañas del centro del país. Allí, Ricardo y Silfredo encontraron discriminación y maltrato físico por su herencia indígena y afrocolombiana hasta el punto de que en ocasiones se les negaba la comida.

Cuando Ricardo tenía diez años la Iglesia Menonita de EEUU fundó una escuela para los niños sanos hijos de leproso en la localidad de Cachipay (Cundinamarca). Las familias menonitas del exterior patrocinaban a los niños más pobres, procurando alimentación, ropa y educación gratuita. Ricardo recuerda que fue difícil al principio. Era un paisaje diferente: “Éramos los únicos niños negros en el pueblo y la gente se reía de nosotros, y además no podía entender a los yanquis”. Sin embargo, los misionarios que regían la escuela, Gerald y Mary Hope Stucky, eran amables y tiernos con los niños. Ellos se convirtieron en sus amigos

de por vida. De hecho, más de cincuenta años más tarde, son los colegas y compañeros pacifistas de Ricardo. Fue en Cachipay donde Ricardo adoptó la fe menonita, la fe que definió su vida como pacifista.

Ricardo se graduó del colegio menonita en 1961 y se inscribió en el colegio Presbiteriano Americano de Bogotá, convirtiéndose en el primero de su familia en avanzar más allá de la escuela primaria. Pese a la discriminación que sufría en la ciudad, y sentirse solo y aislado, Ricardo era popular entre los estudiantes del colegio y poco a poco entabló amistades y se convirtió en un líder entre sus compañeros. En el cuarto año de escuela, Ricardo conoció a un hombre que cambiaría el curso de su vida para siempre. Camilo Torres Restrepo era un sacerdote católico crítico de la falta de compromiso de la Iglesia para asegurar la justicia para la gente. Torres creía que los cristianos están llamados a seguir el ejemplo de Jesús, luchando por la justicia social para los pobres y los marginados.

Cuando Camilo Torres fue invitado a hablar en su colegio, Ricardo sintió una pasión por su fe y por la justicia social que se prendió dentro de sí. “Nadie más tuvo tanto impacto en mí”, recuerda Ricardo. “Él me hizo pensar el cristianismo en una nueva forma. Yo no encontraba respuestas en la Iglesia, pero este era el cristianismo que yo quería”. Este fue el momento que definió su fe y lo que significaba ser un verdadero cristiano. Torres hizo que Ricardo entendiera la política desde un punto de vista cristiano: “Torres me ayudó a entender que se puede lograr un cambio social desde una base religiosa”.

Inspirado por Torres, pero rechazando sus propuestas de violencia, Ricardo comenzó a buscar ejemplos de líderes que han perseguido transformaciones sociales pacíficas. El investigó otros movimientos revolucionarios en las Américas, incluyendo el movimiento de derechos civiles de los Estados Unidos y se encontró con las lecturas de Martin Luther King junior. También descubrió a Gandhi, y a través de ambos, redescubrió a Jesús. Al mismo tiempo, Ricardo se interesó por aprender más sobre la historia de la Iglesia Menonita, la cual se remota a los Anabaptistas del siglo dieciséis. Los Anabaptistas fueron perseguidos por sus creencias, pero prefirieron seguir el sendero de no violencia de Jesús que pelear cuando eran atacados. Al descubrir esto, Ricardo se sintió orgulloso de ser menonita: “Creo que esta visión del cristianismo puede ayudar muchísimo. Es una visión que rechaza la violencia. Rechaza la guerra. Una visión plantada por Jesús y yo la creo”.

Para Ricardo entonces, la paz no es la ausencia de violencia física, esta fluye naturalmente de la búsqueda de justicia. Según él, “hacer la paz refuerza la dignidad humana, venera la vida y el amor a los otros, aun cuando ellos sean antagonistas”. La visión de Ricardo acerca de la paz es más sorprendente en una zona de conflicto como Colombia, donde poner fin a la violencia es bastante difícil sin tratar de reparar las injusticias que han fragmentado al país a lo largo de toda su historia. Así que Ricardo inició su carrera

de pacifista, inspirado por las enseñanzas de su iglesia y su sentido de justicia.

Este sentido de justicia lo llevó a estudiar derecho en 1968. El asumió (con cierta ingenuidad, según lo admitió con una sonrisa) que los abogados tienen mucho que ver con justicia. En la universidad se convirtió en el presidente del Consejo de estudiantes, donde él y sus compañeros a menudo se disgregaban de sus estudios para debatir sobre la convulsión social en Colombia. El Consejo estudiantil organizaba marchas y protestas. En una de estas ocasiones, Ricardo terminó en la cárcel por un día. Aunque Ricardo insistía en perseguir la justicia social por medios no violentos, muchos de sus compañeros estaban menos preocupados por mantener la paz y terminaron uniéndose a los movimientos guerrilleros que surgían por esa época en Colombia. “Fue la primera vez que empecé a tener conversaciones con la guerrilla, porque ellos eran mis compañeros de la universidad”, recuerda Ricardo.

“Ellos eran buenos amigos, pero creo que estaban confundidos... Los admiraba por hacer el esfuerzo, pero no me gustaba la idea de luchar y de guerra”. A medida que sus amigos se unieron a la guerrilla, Ricardo mantuvo la relación con ellos y los ayudó a mantenerse en contacto con sus familias. Pero, él nunca se desvió de su convicción de que la paz es el mejor camino para el cambio.

Luego de varias experiencias como abogado y como representante legal de una empresa estadounidense que resultó en fracaso, Ricardo se mudó para San Jacinto en la región de Montes de María en la costa Caribe, no lejos de donde Ricardo había pasado su niñez con su familia. Montes de María es una de las regiones más peligrosas de Colombia. Sus montañas rugosas ofrecen pasajes secretos para los grupos guerrilleros; su puertos costeros y carreteras son importantes corredores para la exportación de petróleo y de drogas; y sus suelos fértiles atraen finqueros afluentes de cultivos lícitos e ilícitos. Es también una de las zonas más diversas de Colombia, con poblaciones significativas de afrocolombianos e indígenas, y una de las regiones más empobrecidas. Dos tercios de la población viven por debajo de la línea de pobreza y la mayoría de los municipios carecen de agua potable y electricidad. Ricardo decidió enfocarse en cómo usar el derecho como un mecanismo no violento de justicia. Él ayudó a fundar la Asociación para el Desarrollo Comunitario e Investigación (ASINDECO), donde utilizó sus aptitudes legales para demandar a dueños de grandes fincas que abusaban a los campesinos, a menudo acusados de pertenecer a la guerrilla, asumiendo acciones no violentas en su defensa. La convivencia con campesinos llevó a Ricardo a vivir con mayor sencillez, volviendo a ser quien era antes: “Volví a ser quien era yo”.

En la encrucijada: peligros y desplazamiento

El trabajo de Ricardo a favor de los campesinos pronto atrajo la atención de los terratenientes de la zona, quienes

lo acusaron de apoyar la ideología de la guerrilla. Tanto él como su familia se convirtieron en el blanco de amenazas de la Policía y de la organización paramilitar activa en la región, Muerte a Secuestradores, MAS. A medida que él intentaba continuar su lucha por la justicia se enfrentaba a mayor oposición, que eventualmente se tornó violenta.

Bajo la excusa de investigar su trabajo con los campesinos, la Policía allanó su casa y lo detuvieron dos veces. A renglón seguido, el MAS empezó a hostigarlo. Ricardo explica: “Los militares y la Policía tienen que obedecer la ley, pero los paramilitares no lo tienen que hacer. Ellos hacen lo que les viene en gana. En ese momento estaban cometiendo cantidad de masacres, matando treinta, cuarenta, cincuenta personas a la vez”. Ricardo empezó a recibir amenazas. Dos veces le dispararon. Los paramilitares escribían mensajes de grafiti en las paredes de las poblaciones pidiendo la muerte de Ricardo. Un día, un campesino le aconsejó que saliera inmediatamente porque los paramilitares planeaban atacar su casa. A las cuatro de la mañana, Ricardo huyó con su esposa y cuatro hijos.

Tras dos años y medio de trabajo dedicado a los campesinos, la familia de Ricardo se unió a las rachas de cientos de desplazados internos en Colombia. Sin embargo, él y su familia hubieran podido correr una suerte mucho peor. Ricardo y su familia huyeron a Cartagena, donde un sacerdote jesuita los escondió. Su propio desplazamiento animó a Ricardo a auxiliar a otros en similares circunstancias y a ayudarse entre ellos. Estos eran individuos como él: no guerrilleros, pero amenazados por actuar en concordancia con sus valores.

En 1989 Ricardo y su esposa decidieron que era seguro trasladarse a Bogotá. Ricardo estaba ansioso por continuar el tipo de trabajo que había hecho en Montes de María, pero en ausencia de pequeños campesinos, él enfocó su atención en los grupos vulnerables. Se enfocó en los jóvenes menonitas, quienes eran reclutados y a veces obligados a ingresar a las fuerzas militares. y en aquellos que sufrían violaciones de derechos humanos. En alianza con sus amigos de infancia, Paul y Peter Stucky de la escuela menonita de Cachipay, se dedicó a preparar a jóvenes sobre los derechos humanos y la no violencia, desde la perspectiva anabaptista. En 1990, bajo los auspicios de la Iglesia Menonita de Colombia, Ricardo ayudó a fundar la organización Justapaz: el Centro Cristiano para la Paz, Justicia y Acción No-violenta. Ricardo se convirtió en el primer director y comenzó a abordar el conflicto en Colombia desde dentro con un marco de referencia menonita.

En este mismo tiempo se creó una asamblea para trabajar en la nueva constitución nacional. Ricardo y sus colegas cabildaron con otras organizaciones para incluir el principio de objeción de conciencia como un derecho constitucional. La campaña atrajo gran atención y logró identificar a la Iglesia Menonita con el principio de la no-violencia en el país.

En 1991, la campaña tuvo éxito en asegurar la “libertad de conciencia” dentro del Artículo 18 de la nueva Constitución. Ricardo y Justapaz se dieron cuenta rápidamente que para que los jóvenes adquieran dicha conciencia, necesitaban tener una educación que incluyera valores y que los preparara para una objeción concienzuda. Justapaz creó entonces un programa de educación de no-violencia que empezó a llevar a sus congregaciones. A medida que los métodos de Justapaz se volvieron más refinados y efectivos, su influencia se extendió hacia las iglesias protestantes de otras denominaciones. El mayor vehículo de expansión fue el Consejo de Iglesias Evangélicas de Colombia (CEDECOL), una federación creada en 1950 para proteger a los protestantes de persecución y para promover expresión religiosa. Ricardo representó a la Iglesia menonita en este consejo y se convirtió en su vicepresidente.

A pesar de sus logros en promover una perspectiva de paz y no-violencia, Ricardo fue acusado de seguir una ideología de izquierda y por oponerse a que los jóvenes prestaran servicio militar obligatorio. El gobierno expidió una orden de arresto. Temiendo por su vida, Ricardo tuvo que salir del país hacia Estados Unidos en 1993.

Ricardo se asentó en Virginia, donde enseñó en la Universidad Menonita del Este (EMU). Allí se encontró con John Paul Lederach, un reconocido académico y experto de resolución de conflictos, a quien Ricardo había conocido en Justapaz en Colombia. En ese momento Lederach estaba fundando un Centro de Justicia y Construcción de Paz, uno de los primeros programas en ofrecer grados de Maestría y entrenamiento profesional en transformación de conflictos y estudios de paz en Estados Unidos. Ricardo también conoció a otros expertos en el tema de varias partes del mundo y a través de esos contactos creó el programa llamado “El Curso Permanente para la paz” como parte de los proyectos de Justapaz. También concibió el Centro para Análisis de Conflictos y Transformación, una instalación en Justapaz, donde se ofrecían talleres para entrenar a mediadores de conflictos, al tiempo que ejercían sus habilidades. En 1994 el gobierno confirió un carácter de mediador judicial a estas instalaciones, otorgándoles el mismo peso que a las sentencias judiciales. Eventualmente los cargos contra Ricardo fueron anulados y él pudo retornar al país para continuar su trabajo.

Paz y desarrollo en Montes de María

Ricardo fungió como director ejecutivo de Justapaz por doce años. Comenzando con programas para jóvenes, la organización creció hasta eventualmente incluir programas para los desplazados, proyectos de desarrollo económico sostenible, centros de mediación en comunidades e iniciativas de paz y educación. Actualmente Justapaz trabaja en todas las regiones del país. La organización se ha convertido en un catalizador para educación transformadora y para construcción de coaliciones a lo largo de Colombia.

En 2002 Ricardo regresó a Montes de María. “Regresé a la Costa Caribe para recuperar mi espiritualidad y mi fe, para sanar por medio de creer... Estos días, creo que regresé a los días de mi abuelo”. En la tierra de sus ancestros Ricardo se dedicó a implementar la visión holística de la paz comunitaria que había adoptado a través de los años. “Esta visión concibe la paz no solo como la ausencia de guerra... La paz es el bienestar de la comunidad”. Ricardo lucha para ayudar a las comunidades de Montes de María a partir de tres iniciativas que llegan a todos los estratos de la sociedad y están diseñadas para establecer una infraestructura social e institucional para la paz. Las iniciativas comprenden la Asociación para la Vida Digna y Solidaria (ASVIDAS), Srembrandopaz, y la Red para Desarrollo y Paz de la Fundación Montes de María.

Estas iniciativas en conjunto tienen acceso al poder y los recursos de las iglesias, las ONGs y la cooperación ecuménica. El proyecto ASVIDAS ayuda a las iglesias locales y coaliciones a desarrollar proyectos de generación de recursos para las comunidades. Sembrandopaz incluye pequeños proyectos sin ánimo de lucro que también se enfocan en desarrollo sostenible. La Red de Desarrollo y Paz y la Fundación de Montes de María coordinan esfuerzos de paz y desarrollo de las iglesias católicas y protestantes.

Todas estas iniciativas que funcionan bajo ASVIDAS están afincadas en la teología que Ricardo llama “Santuarios de paz”. “Las iglesias que han sido afectadas por el conflicto armado y social en el país están llamadas a dar mayor prioridad a construir paz y reconciliación más que otras iglesias que no se hallan en las mismas circunstancias”. El objetivo de Ricardo es asegurar que se reconozca esta responsabilidad. Él enseña a estas iglesias a abrazar la construcción de paz como parte de la responsabilidad cristiana. En contraste con los propósitos puramente caritativos de muchas iglesias, los proyectos de ASVIDAS tienen una misión social más que teológica, lo que les permite servir de espacios creativos a comunidades enteras, en lugar de mantenerse aisladas como congregaciones. El nombre ASVIDAS es religiosamente neutral, lo cual le da una autonomía que les ayuda a incorporar comunidades y vecindarios sin distinciones de credo o de ideologías. De esta forma, las asociaciones de ASVIDAS están designadas para ser atractivas para los seguidores de alguna religión, que ven en el trabajo político y de pacificación afines a sus creencias, así como a los que no desean trabajar bajo ninguna iglesia. Ricardo explica: “El trabajo no se limita a la sabiduría cristiana, sino que añade la sabiduría judía y la musulmana, y aún a la política. Por eso se denomina “un espacio creativo”.

Este espacio creativo de ASVIDAS comprende un proceso de cuatro pasos:

1. Educación: Este es el paso fundacional. Por medio de facilitadores, la comunidad examina los valores en que se sustenta ASVIDAS y los que están en el centro de la comunidad. Se identifican conflictos locales y sus causas, preparándolos para escoger

el enfoque en lo que se busca reparar. Para las iglesias, este proceso comienza con los santuarios de teología de paz. Una vez que el valor es aceptado, la comunidad puede avanzar hacia el trabajo social y político de construcción de paz.

2. Organización: Con un mínimo de entrenamiento en asuntos como construcción de redes y estructuras legales, la comunidad determina la estructura de su propio ASVIDAS, trazando y definiendo las responsabilidades y liderazgos. Algunas veces, los líderes y las estructuras están definidos, pero otras veces, estos emergen orgánicamente. Ricardo hace hincapié en la necesidad de que los vínculos entre los participantes se solidifiquen primordialmente.
3. Investigación: la nueva organización cataloga sus recursos e identifica los proyectos que van a garantizar sus metas. Sondea a sus miembros para determinar sus habilidades, recursos y conexiones. Solo a través de ese entendimiento se encuentra listo para seleccionar las actividades alineadas con sus valores.
4. Financiamiento: Cada ASVIDAS establece su fondo de vida para recolectar ingresos de sus actividades. Dicho ingreso puede ser prestado a sus miembros para satisfacer necesidades individuales o para implementar proyectos que incrementan los alcances de las metas de ASVIDAS y producen impacto en toda la comunidad.

Este proceso es efectivo porque refuerza las comunidades en compartir valores, desarrollar liderazgos innatos y mercadear sus recursos, y a la vez, empodera a los participantes a hacerse cargo de su propio ASVIDAS en cada paso. El proceso está diseñado para transformar la mente de la comunidad y para liberarlos del mito de su pobreza. Ricardo comenta que en el paso tres del proceso, cuando se les pide a los participantes que aporten sus destrezas, recursos y conexiones, los profesionales brindan conexiones y habilidades. Otros traen objetos extras de sus casas, tan simples como una silla o una lámpara. Otras comunidades con acceso a recursos naturales como madera o flores, las aportan, las cuales se transforman en productos que sirven a la comunidad. Ricardo se ríe cuando señala que cuando los miembros se preguntan de dónde va a salir el dinero para que funcionen los proyectos, ASVIDAS les proporciona una lección valiosa: que la falta de dinero no significa falta de riqueza.

Ricardo cree que “el dinero sirve tres funciones: comprar bienes, comprar servicios, y comprar ideas. Entonces, qué pasa cuando una comunidad no tiene dinero, pero tiene ideas, servicios y bienes. Puede convertir esa riqueza en dinero. Cuando la comunidad se da cuenta que, si pone un valor monetario en estas categorías y lo convierten en cifras, se percatan de la riqueza que poseen. ‘Somos ricos’ dicen”. Ricardo dice que esta conclusión “les ayuda a

entender que en realidad no son pobres. Son empobrecidos por las injusticias, por la guerra, por las acciones de fuerzas internacionales, pero por su ignorancia, más que todo”. Para los creyentes, “Se dan cuenta de que para ellos lo peor es mentirle a Dios y decir que no tienen nada. Porque Dios provee para todos”.

Un ejemplo que menciona Ricardo es el de Tierra Alta en la mitad de un territorio manejado por los paramilitares, en donde muchos fueron asesinados y miles de familias desplazadas. 350 familias llegaron a las puertas de una iglesia sin comida y sin un lugar donde ubicarse. “Era una situación muy difícil”, por supuesto, dice Ricardo, “pero se educaron a sí mismos. Se organizaron, invirtieron con lo que tenían. Crearon un grupo de ASVIDAS y ahora las 350 familias tienen hogares donde cultivan alimentos, mantienen animales, construyeron una escuela, y con cada paso se organizan y avanzan en su proceso de comunidad”.

Proyecto Sembrandopaz

ASVIDAS se inició en Bogotá cuando Ricardo era todavía el director de Justapaz, pero la visión de paz de Ricardo tomó un nuevo giro cuando fundó una organización no gubernamental pequeña que construye una cultura de paz por medio del fortalecimiento y creación de alianzas entre organizaciones de base de la Costa Caribe basados en un desarrollo humano holístico y sustentable. Aunque Sembrandopaz es secular y no se encuentra afiliada a ninguna iglesia, ha logrado establecer nexos entre organizaciones de servicio social de iglesias con el gobierno colombiano y otras iniciativas no religiosas.

Desde el inicio Sembrandopaz adoptó el modelo de ASVIDAS con el fin de promover comunidades sustentables. Más allá de proveer las facilidades y asistencia técnica para iniciar un proyecto, Sembrandopaz buscó la creación de alianzas entre proyectos. Con esta visión expandida, la meta de Ricardo era construir redes entre asociaciones de ASVIDAS que se ayudaran entre sí, que intercambiaran bienes y productos, que desarrollaran proyectos conjuntos y que cargaran el peso político con el gobierno.

La visión de Ricardo ha tenido éxito. De hecho, los grupos de ASVIDAS se unieron dentro de la Red de Montes de María. Se han formado redes adicionales en las áreas urbanas de Sincelejo y Corozal. En opinión de Ricardo, la Red de Montes de María es exitosa. Sus representantes de más de treinta ASVIDAS se reúnen en asambleas anuales y poseen doce equipos coordinando proyectos y ofreciendo asistencia técnica a las asociaciones miembros. “Ellos trabajan juntos para crear recursos, para trabajar con comunidades individuales, y han logrado integrar al máximo sus comunidades. Varios proyectos propuestos por la Red han recibido apoyo y fondos del estado colombiano y de organizaciones internacionales como el Banco Mundial”.

Los desafíos que enfrentan estas redes son similares a

las que enfrentan los grupos de ASVIDAS, pero compuestos por la necesidad de comunicarse y de coordinarse entre las comunidades. A medida que crecen las redes, los líderes necesitan entrenamiento en manejo de proyectos y asuntos financieros, especialmente cuando atraen subvenciones y préstamos por miles o aún millones de dólares.

El trabajo de Sembrandopaz también involucra a otras organizaciones y proyectos más allá de ASVIDAS y las redes de ASVIDAS. Cuando él reconoció cuántos proyectos de reconciliación subvencionados por el estado habían fracasado en la costa colombiana, donde los paramilitares desmovilizados se reintegran pobremente en la sociedad y se rearmen nuevamente, Ricardo —por medio de Sembrandopaz— tomó acción. Sembrandopaz empezó a unir iglesias protestantes con una organización de los jesuitas llamada Fundación Social. Juntos coordinaron esfuerzos de reconciliación existentes en todos los niveles de la sociedad, católicos, protestantes, sociedad civil, organizaciones de víctimas y universidades, en un esfuerzo por fortalecer las varias iniciativas mientras construían un complemento de ciudadanía que apoyara al mecanismo estatal de reconciliación ya constituido.

El propósito a largo plazo es crear una red integrada de grupos de reconciliación a lo largo de la costa Caribe y eventualmente expandir la red a nivel nacional. Actualmente Sembrandopaz ofrece servicios que incluyen talleres con líderes de la sociedad civil, a quienes se entrenan en técnicas de reconciliación aplicables a nivel regional y nacional. En los talleres los participantes examinan estudios de caso y reflexiones en técnicas para determinar la verdad y el establecimiento de justicia. Luego, se evalúa las medidas estatales de reconciliación y se identifican otras estrategias para “sanar las heridas de Colombia”. El primero de esos talleres reunió a 160 líderes de la región caribeña, representando un amplio espectro de la sociedad colombiana: trabajadores sociales, académicos, trabajadores de ONGs, líderes afrocolombianos e indígenas, mujeres, miembros de iglesias, y muchos otros. Entre ellos intercambiaron experiencias y desarrollaron propuestas para nuevos proyectos, un proceso que Ricardo espera que promueva la comunicación y “la creación de una experiencia de aprendizaje colectivo que lleve a construir consensos y acción conjunta”.

Sembrandopaz es una organización pequeña, pero su impacto en la costa caribeña es grande. Con la creación de las asociaciones de ASVIDAS, la Red de Montes de María y las iniciativas que llegan a todos los niveles de la sociedad, como las Comisiones de los Ciudadanos para la Reconciliación, Sembrandopaz ha revitalizado la sociedad civil en la región y más allá de la misma.

La Red de Desarrollo y Paz de la Fundación Montes de María se constituye como modelo para el resto de Colombia. Conjuntamente con ASVIDAS y Sembrandopaz, la fundación está empujando a las comunidades del Caribe a asumir el trabajo de construir la paz en sus propias manos.

Por medio del establecimiento de espacios creativos para transformación restaurativa, las organizaciones creadas por Ricardo Esquivia están invirtiendo en el futuro en niveles

múltiples, por lo tanto, ayudando a las comunidades a reconstruirse a sí mismas y a vislumbrar la posibilidad de una experiencia de paz, tras una vida de conflicto.

Notas

- 1 Una versión más amplia de este artículo apareció en inglés en Maring, Clayton (2016). “Simple Miracles: Ricardo Esquivia Ballestas, Colombia.” In *Peacemakers in Action: Profiles in Religious Peacebuilding – Volume II*, editado por Joyce S. Dubensky del The Tanenbaum Center for Interreligious Understanding. New York: Cambridge University Press. P. 186-237. La traducción la realizó Elvira Sánchez-Blake.
- 2 Las citas son basadas en entrevistas que el autor tuvo con Ricardo Esquivia.